

Ellos no cuentan ovejas

Gregorio C. Luna



Capítulo 1

Es de noche y él ve por la ventana a la calle, encuentra a un indigente con la vista al cielo, gotas de lluvia comienzan a caer y friccionar contra el cristal. Cierra las cortinas, indiferente a lo que para el indigente se avecina, desde siempre sabe que ellos la pasan en el techo saliente de la casa de enfrente, es por eso que decidió no ponérselo a su casa, él piensa que son aborrecibles, asquerosos, inútiles, lamentables.

Han pasado ya media hora y escucha la pesada lluvia que se cierne desde fuera. Ve por la misma ventana para notar lo pesado que es. Y lo primero que nota, es que el indigente está acostado debajo de una manta que no vio la primera vez. Frunce el entrecejo, rememora para concluir que no recuerda esa cobija.

Es otra noche. Esta vez no llueve, de nuevo se asoma por la ventana ahora ve desde el primer piso la noche gruesa y la ciudad desnuda a las estrellas. Baja la vista y ve a otro indigente acostado en el mismo lugar de siempre. La cafeína en su sistema nervioso no lo deja dormir, sus minutos giraban en torno a sus pensamientos, le fatigaba aún más el eco del silencio y la desintegración de sus segundos le apaleaban con frialdad la espalda encorvada. Ahora son las 3 de la madrugada, y ve a un hombre caminando por la calle, totalmente vestido de negro. Se agacha frente al indigente y le deja una caja. El indigente se le queda viendo mientras el hombre de negro se marcha. Él lo ve abriendo la caja y saca una especie de comida cual comienza a ingerir con despiadada alegría. Ahora, después de eso, su mente se venció en sopor y la somnolencia acudió. Durmió después de un rato.

Después de tres noches, y mientras una luna colorada se mostraba al cielo, ve desde su ventana otro indigente que se oculta a dormir en el mismo lugar, pequeñas gotas comienzan a caer. Él espera para ver si ese hombre de negro aparece.

Y lo hace.

Esta vez le deja un suéter y comida, pero también, se gira hacia él, y le observa por un par de segundos. Le observa los ojos, el rostro lo tiene cubierto de una bufanda negra y un gorro negro que le infundía un aire de misterio hondo. Y el hombre de negro se dirige hacia la puerta de su casa. Él lo pierde de vista debido al límite del marco de la ventana. Siente temor, la ansiedad comienza a calarle las emociones. Baja las escaleras rápido con un sudor en las manos y unas piernas inusualmente veloces. Antes de tomar valor para abrir la puerta y encarar al misterioso, ve una hoja de papel asomándose bajo la puerta, dejada como si fuera una

invitación. La levanta y lee:

Guarda silencio, ellos también sueñan.

Atte: Un Ideal Común.

Fin.